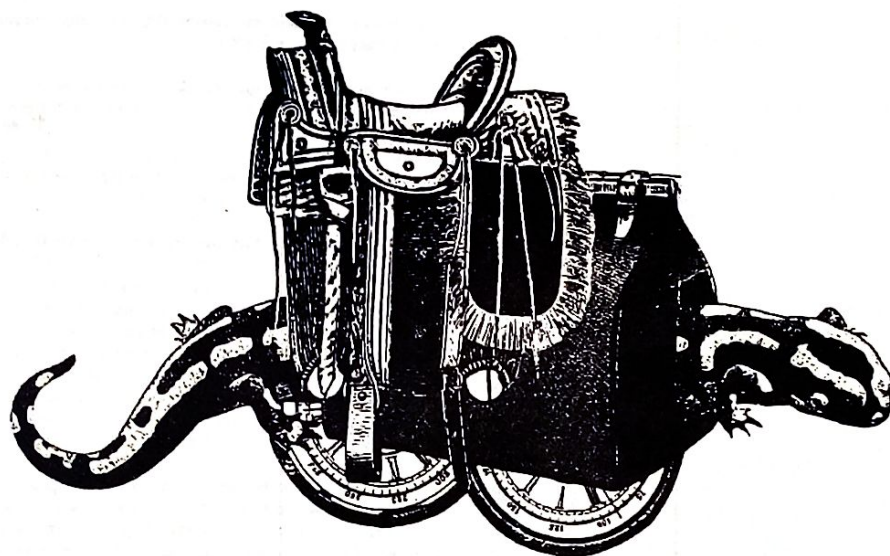


Trabajos forzados y otros cuentos



La noche del pasado sábado 15 de abril, los escritores Manuel Vargas, Elvis Vargas y Oscar Oviedo presentaron el libro de relatos «Trabajos forzados y otros cuentos». En dicha oportunidad, Elvis Vargas leyó las siguientes palabras:

En esta ocasión, que me compete el uso de la palabra, no puedo hacer otra cosa que hablar de su libertad. No me estoy refiriendo a esa frase tan prostituida como es la «libertad de expresión» sino en el rigor que la palabra encierra.

En función de esto, la reivindicó por encima de cualquier otra cosa. Quisiera que se entienda en la concepción que tenía H.G. Wells cuando decía: «no hay cosa más digna por la cual luchar. Es la esencia de nuestro honor personal. El primer deber como ciudadanos del mundo es hacer lo que podáis por ello. No sólo se debe resistir a la opresión, sino luchar por salir de la niebla».

Heriberto Jorge Wells fue el tipo cabal del escritor verdadero. Entre todas las tristezas de estos tiempos descompuestos se levantó como una conciencia en acción, levantando lo puro, noble desinteresado contra el encana-

llamiento del escritor, quien a veces para ganarse la pitanza renunciaba a su conciencia y se ponía al servicio del privilegio, la reacción, la injusticia y la maldad.

Este esfuerzo personal, fruto de un gran capricho y tozudez, recuperó su figura y lo pongo como un humilde intento de escapar de aquella nicbla. Cuando empecé a garrapatear este libro, no sabía si algún día se publicaría. Al adquirir cuerpo, recién pensé que podría salir a luz pública. A partir de ese momento, un solo deseo se apoderó de mi mente: El de hacer una cosa honita por la cual quien la tuviera en la mano dijera que valió la pena haber pagado 10 pesos.

Pretensiones literarias no las tengo, pues estoy convencido que mi encuentro con la literatura fue un accidente y no así un destino. De lo que yo deje, nada quedará en pie; puesto que las palabras aquí contenidas no son fruto de un talento innato o de las musas de la inspiración sino de una terquedad sin límites y sobre todo de mi vagancia y parasitismo.

Si me piden una explicación de esto diré, que el producto que pongo en sus manos sólo pudo ser hecho por un

hombre que no sabe a dónde va ni de dónde viene, que no tiene ambiciones, patria o clase social. Escrito por un hombre superfluo.

Algunos, al escucharme me preguntan, entonces ¿por qué yo escribo? Lo único que puedo responderles es la confesión de este asesinato: Señores, éste es el infierno y yo estoy aquí sentado cabeza abajo. Apenas me sostiene la gravedad de la tierra. Para no masturbarme a veces se me ocurre garabatear algo. Escribo aun sabiendo que hay necesidad de silencio. Por qué otra cosa iba a hacerlo sino para discutir el horror y terror de esta vida. En este esfuerzo, qué viejo me he vuelto. Tantos compañeros de infortunio. Algunos ya obtuvieron fama y otros como yo hemos enloquecido. No espero nada porque sé que cualquier cambio será maligno. Continúo en este afán sostenido por una voz que martillea mi conciencia y me dice: «Escribe ahora o guarda tu paz para siempre».